



Historia de una mujer de barro



SERPAT
Ministerio de las
Culturas, las Artes
y el Patrimonio

Gobierno de Chile

Historia de una mujer de barro



Un saludo

Los seres humanos provenimos de la tierra, somos parte de ella. La cosmovisión andina nos ubica en una simbiosis perfecta, nos conecta y nos vuelve parte de una misma esencia.

La señora Miriam Coria, escribe desde su conocimiento ancestral Lickanantay, desde las raíces mismas de la conciencia humana que la conecta con sus antepasados y con el legado de su madre, Elena Tito, mujer, trabajadora, alfarera, Tesoro Humano reconocida por el Consejo de las Culturas y las Artes en el año 2015, cuando nuestro ministerio recién comenzaba a dar luces de florecer como lo es hoy.

La señora Miriam tiene una misión, un compromiso y una obligación autoimpuesta: continuar con las enseñanzas de su madre, contar su historia, desde lo humano y su conexión con la tierra... con ese barro maravilloso y mágico que da forma y vida a utensilios únicos, que contienen esa verdad heredada de sus abuelos y abuelas y que ha sido transmitida de generación en generación.

Videos y fotografías hay muchas, recuerdos aún más, de su voz calmada, su mirada profunda, la sonrisa limpia y de sus manos trabajando incansablemente, forjando nuevos proyectos, educando siempre pensando en el futuro.



Pero Miriam Coria nos transporta desde esa imagen que muchos de nosotros llevamos grabada en nuestra memoria, a una dimensión mucho más profunda... La mirada de una hija que descubre el mundo a través de las manos de su madre, manos capaces de transformar y dar vida.

Como Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio y más aún, como Servicio del Patrimonio Cultural en la región de Antofagasta, nos sentimos honrados de haber podido colaborar con esta tarea, saber que estamos contribuyendo al legado de la sra. Elena Tito Tito, pero más aún contribuimos al Patrimonio Cultural Inmaterial del pueblo Lickanantay, de una tradición ancestral íntimamente ligada a la tierra y su gente.

Claudio Lagos Gutiérrez
Director Regional Antofagasta
Servicio Nacional del Patrimonio Cultural



Introducción

Las políticas públicas de salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial en Chile han experimentado una transformación significativa en las últimas décadas, transitando desde enfoques centrados en el registro de prácticas y tradiciones culturales hacia modelos que reconocen a las comunidades, grupos y personas cultoras como protagonistas de la creación, transmisión y recreación permanente de sus saberes y conocimientos. En Chile, este cambio de paradigma se expresa en la evolución de los lineamientos y orientaciones que guían la implementación de la Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial de la UNESCO (2003), donde se ha estado promoviendo la participación activa de las comunidades, el reconocimiento de la diversidad cultural y el fortalecimiento de los procesos de transmisión intergeneracional al interior de las comunidades cultoras.

En este contexto se sitúa *Historia de una mujer de barro*, una obra testimonial que reconstruye la vida de Elena Tito Tito, cultora Lickanantay reconocida como Tesoro Humano Vivo en 2015, a partir de la narración realizada por su hija, Miriam Coria Tito. Al respecto, este texto de carácter biográfico también constituye un ejercicio de salvaguardia comunitaria, donde la memoria familiar se convierte en memoria colectiva y el relato personal permite comprender la profunda relación entre territorio, identidad, espiritualidad y conocimientos ancestrales asociados a la alfarería tradicional de Santiago de Río Grande. Es, por lo tanto, un documento que tiene como principal objetivo homenajear a Elena Tito



Tito, teniendo a su vez como propósito registrar la historia, los saberes y el vínculo de Elena Tito con su pueblo, contribuyendo de esta manera a la continuidad y viabilidad del legado cultural de la comunidad.

Desde una perspectiva metodológica, esta publicación podría inscribirse dentro de paradigmas fenomenológicos e interpretativos, donde el relato testimonial comprende la realidad social y cultural a partir de la elaboración de significados producidos por el devenir de la propia experiencia. En consecuencia, los testimonios, la memoria y la historia oral adquieren un valor central como fuentes de conocimiento, no solo por su capacidad para recuperar acontecimientos del pasado, sino porque permiten comprender los sentidos, emociones, prácticas y formas de transmisión del patrimonio desde la voz de sus propios protagonistas. En este caso, la narración en primera persona, los recuerdos familiares, las entrevistas realizadas por la autora y la incorporación de testimonios de hijos, familiares y miembros de la comunidad configuran un relato polifónico que preserva memorias que difícilmente podrían recuperarse mediante fuentes documentales convencionales.

Así, *Historia de una mujer de barro* trasciende el registro biográfico para convertirse en un ejemplo de cómo la memoria y la historia oral pueden contribuir a la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial. La obra evidencia que la memoria no solo documenta el pasado, sino que fortalece la continuidad de los conocimientos tradicionales, legitima la voz de las comunidades cultoras y reafirma que el patrimonio vive en las personas, en sus prácticas, en sus relatos y en las relaciones que mantienen con su territorio y con las generaciones futuras.







Carta a mi mamá

Mamá:

No hay día, ni minuto, ni segundo que no te extrañe y estés presente en mis pensamientos cotidianos. Me haces falta físicamente, pero te siento cerca, en espíritu. Como decían los abuelos, el cuerpo se muere y el alma no, y es verdad. Así lo he sentido desde que te fuiste al paraíso a acompañar a mi hermana Mary para que no siguiera solita, y no seguir tú sufriendo en la tierra por su ausencia. Entiendo cuánto sufriste por la muerte de mi hermana y puesto que hoy yo también soy mamá, sé que una nunca está preparada para echar a un hijo a la tierra; todo lo contrario, llegando a la vejez somos nosotras quienes nos preparamos para que nos despidan. Pero en fin, estoy tranquila porque sé que ustedes están juntitas y nunca más estarán separadas. Tampoco puedo ser tan egoísta en querer tenerte solo para mí, siendo que mi hermana te necesitaba más.

Así lo sentí cuando te despedí en el camposanto de Santiago de Río Grande. Siempre nos recalcaste que te irías para allá a descansar y junto a mi papá y hermanos cumplimos tu deseo. Fuiste una mujer sabia, amauta en tus tradiciones y costumbres, siempre respetando la tierra, nuestra Pachamama. Por eso, tratamos de despedirte siguiendo todas las costumbres y creencias de nuestros antepasados para que te fueras tranquila y sin dejar temas pendientes en este mundo terrenal.



Tuviste mucha compañía en tu despedida; asistieron autoridades regionales y comunales, y se declaró feriado comunal por tu partida. Fuiste una persona muy querida y reconocida en vida, lo que se agradece y valora. Para mí eso tiene mucho valor y es señal de que disfrutaste de los momentos que compartiste con quienes te rodearon.

Tu pueblo te despidió en grande junto a los Lakitas Hijos del Norte de Santiago de Río Grande, músicos del pueblo que te acompañaron al son de las zampoñas. Esa era tu música preferida como acompañamiento para alegrar las fiestas. Como la fiel bailarina de trote que fuiste, tu grupo de sikuris Kamac Mayu decidió despedirte con un mix de canciones de las que tú también fuiste autora y en cuya grabación del CD participaste distribuyendo el orden.

Valoro y agradezco esa última tarde que pasamos juntas un día antes de tu partida. Como nunca, se dieron las cosas para estar juntas y hablar de los proyectos que tenías en mente. Te veías tan animada y con ganas de seguir, levantándote una vez más tras la ausencia de mi hermana. Estabas muy dispuesta a seguir adelante con los proyectos y talleres que se venían agendando; hasta me habías dejado el pedido listo de los engobes que necesitabas para decorar tus piezas. Nunca pensé que esa sería la despedida para siempre, pero me siento tranquila y agradecida contigo por todo lo que me enseñaste y transmitiste: ser mejor persona, nunca rendirme, nunca decir no puedo; y lo que más me recalcabas, nunca echarme a morir.





Antes de acostarte en la tierra y despedirme de ti, te hice una promesa que he tratado de cumplir hasta el día de hoy: continuar con tu legado y con la técnica alfarera ancestral de las y los alfareros de Santiago de Río Grande.

He participado como relatora en distintos talleres de alfarería (en la escuela de Calama, Chiu Chiu, Lasana, Caspana y San Pedro de Atacama) y he expuesto mis creaciones en diversas ferias o encuentros culturales, tanto regionales como nacionales (Arica, Santiago, Pomaire, entre otras),

aprendiendo a crear mis piezas con rapidez para cumplir con los pedidos. Este año postulé y participé por primera vez en la FEPLOA 2025, un hito muy importante, porque tú fuiste pionera en la creación de esta feria que se instala antes del aniversario de Calama. Para mí fue una muy linda experiencia asistir y me sentí muy acogida y apoyada por las personas que siempre participan, quienes estuvieron junto a ti cuando fuiste parte de esta actividad tan tradicional. Hoy en día soy testigo del cariño y aprecio que tenían las personas por ti y así lo sentí al participar.

También continué con tu legado de la pisangalla (o palomitas, como se conoce en la actualidad), para la mesa de nuestra Santa Sequia, todos los 28 de julio de cada año. Ahí vendo esas palomitas en saquitos de género a los socios y habitantes del pueblo, para que las puedan presentar en la mesa durante el almuerzo en la plaza de Río Grande y la cena de tarde-noche que se sirve en el sector de Chujia. Los vecinos y vecinas me instaron a seguir con esta tradición pidiéndome que les vendiera la pisangalla –ya no estaba la mamá– decían –pero tú debes seguir con esta tradición–.

Ahora me encuentro escribiendo tu libro “Memorias de una mujer de barro que da vida con sus manos”, que siempre me pediste en vida. Desde que yo era pequeña me decías que en algún momento tenía que hacerte un libro y ese deseo cuyo cumplimiento estaba pendiente se convirtió para mí en una verdadera misión. Gracias a los aportes de la Subdirección Nacional de Patrimonio Cultural Inmaterial y el Servicio regional del Patrimonio Cultural de Antofagasta se está empezando a



hacer realidad y toma forma en cada línea con los capítulos que relatan los pasajes de tu vida y obra. Quiero cumplir con este desafío que tengo pendiente con la ayuda de Dios, de la Virgen, la tuya y la de los ángeles que me cuidan desde el cielo. Quiero hacerlo de la mejor manera y superar así este gran desafío.

Con cada entrevista que hago buscando información, encuentro relatos y anécdotas de personas que compartieron contigo a lo largo de tu paso por esta vida. Te siento presente en cada conversación, tanto de alegrías como nostalgias; hasta el día de hoy echan de menos tu presencia y hay momentos en que de sus ojos caen lágrimas, diciendo que aún les cuesta asumir tu pérdida.

Gracias por esta gran tarea que me encomendaste puesto que siempre tuviste fe en que yo era capaz de cumplirla. De niña me hiciste participar en un curso de ortografía junto a los escritores del Loa para que aprendiera a redactar bien y a tener buena ortografía, y así poder expresar mis ideas y sentimientos.

Hoy agradezco ese empuje que me diste cuando era más pequeña porque comprendí que me estabas preparando para toda esta aventura de escribir y relatar cada capítulo de tu vida. Fuiste muy sabia y hoy ya me queda claro que no dabas puntada sin hilo.

Gracias por ser así, por todo lo enseñado y entregado en vida; por educarme así soy la mujer en que me convertí ahora.





“La mamá-abuela me enseñó a respetar mucho el barro, ellos tienen un espíritu. Yo quiero mucho a mi tierra y al barro, yo lo amo; el barro es mi vida y mi amor y bueno, somos de tierra y de barro, y volveremos a ser tierra.”

Elena Tito

Jugando con el barro

Siempre me decías que no te acordabas mucho de tu mamá y que veías como mamá a tu abuelita Pascuala, ya que ella fue quien te crio y estuvo siempre contigo. Tu mamá (mi abuela Inés) te dejó a ti y a tu hermana Feliciano al cuidado de la abuela porque trabajaba en Chuqui, limpiando la casa de una familia compuesta por un padre adulto mayor y su hija.

Feliciano recuerda que una vez la abuelita la llevo a Chuqui a ver a su mamá Inés, y la hija del dueño de casa la invitó a la pulpería para comprar frutita y pan. También me contó que a los 14 años iba a San Pedro de Atacama a cambiar las piezas de cerámica por trigo y maíz con la abuelita. Iban donde doña Josefa, su comadre (madrina de Inés) y traían desde San Pedro un cajón de tomate con verduras. También traían yareta¹ para cambiar por algarrobo para que el tío Alejandro preparara la aloja².

Mi tía Feliciano me contó que la mamá Inés llegó a Río Grande en el camión de Pio Mondaca a visitarlas y traía una marraqueta de pan, naranja y un plátano. Mi tía Feliciano bajó corriendo de la casa para alcanzar a su mamá y le tomó la bolsa de papel con las cositas que traía y llegó tan contenta a la casa.

1 Arbusto que crece formando una masa redondeada compuesta de numerosos tallos dispuestos en roseta que se encuentra principalmente en las regiones áridas de los Andes.

2 Bebida tradicional atacameña.



Inés Tito –la madre que te dio la vida– falleció a la edad de 24 años, cuando tú tenías siete años y tu hermana dos. La recordabas con una imagen en particular: un día en que te peinó y te colocó unas trabitas coloridas, te abrazó y te entregó amor. Esa imagen siempre la tenías muy presente, como un sueño reciente en tu memoria.

Este es el relato de mi tía Feliciana de cuando se murió su mamá:

“El tío Alejo nos mandó avisar al fabriquero Francisco Cruz Coria para que doblaran³ las campanas por ella, porque él era el encargado de la iglesia en ese tiempo. Nosotras como niñas estábamos jugando en la compuerta, con agua y arena, haciendo hoyos, y el tío Alejo se asoma en la punta y nos dice, gritando, que vayamos a avisar luego al fabriquero que había fallecido la mamá. Después llegamos a la casa y fuimos al dormitorio, y la mamá estaba tapada con la frazada, durmiendo; ella dice –ya se murió– y la abuelita estaba chancando yareta, llorando.”.

Después de ese suceso, tu abuelita Pascuala Vilca se hizo cargo de ti y de Feliciana, ya que aún eran niñas. Para subsistir, la abuelita se dedicaba a la agricultura; sembraba en sus terrenos habas, trigo, maíz, ajos y alfalfa para los animalitos, que si bien no eran muchos, servían para el consumo y alguna que otra venta; desde pequeña ella trabajó en la agricultura, sembrando y arando la tierra y cargando guano en la espalda para sembrar.

3 Se refiere a un toque de campana que se realiza en señal de duelo en Santiago de Rio Grande.



Contabas que les gustaba comer choclos y habas, y que cambiaban la cosecha por frutas de la estación –como sandías y melones– ya que a tu hermana y a ti les gustaban y era poco común tener esos frutos de temporada en el verano.

La abuelita Pascuala también se dedicaba a la alfarería, una técnica traspasada de generación en generación. Ella mantenía este conocimiento vivo y los ingresos que conseguía por la venta o el trueque de las piezas ayudaban económicamente con la crianza tuya y la de tu hermana. Al momento de preparar la greda para trabajar y moldear las piezas, la tía Feliciano y tú le ayudaban a traer agua del río en un balde metálico pequeño que en esos tiempos se ocupaba para preparar la pasta. Mientras, la abuelita realizaba el proceso de colar y cernir hasta dejar la materia prima en óptimas condiciones y luego humedecerla. Después de este proceso, la dejaban reposar por varios días hasta que el agua se consumía o perdía en su totalidad, para luego seguir con el amasado. La abuelita las dejaba a ustedes a cargo de esta tarea y tú y tu hermana, sin saberlo, jugaban durante horas pisando el barro, corriendo sobre toda la superficie que cubría la greda. Dentro de su inocencia se trataba de un juego muy divertido y autorizado por la abuelita, pero en realidad estaban amasando la greda para trabajar. Ese es un gran registro que tenías en tu memoria y siempre nos contabas esa experiencia de tu infancia con amor y cariño.



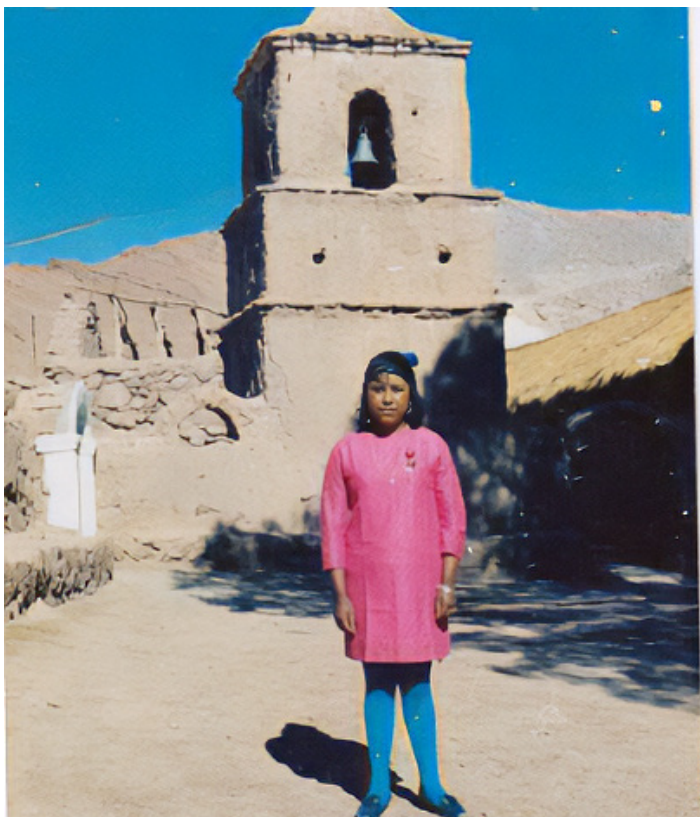
También fuiste maestra desde pequeña de tu hermana; le corregías y señalabas cómo mejorar sus piezas. Ambas buscaban el barro que se juntaba en la era, porque –según le comentaste a tu abuelita–era buen material, porque estaba puro.

Estudiaste en la escuela de Santiago de Río Grande de primero a sexto básico, porque la escuela solo llegaba hasta ese nivel. Para terminar la enseñanza básica se debía ir a San Pedro de Atacama o a Calama.

Uno de tus recuerdos más importantes y siempre presente en relación con la alfarería era de cuando tenías nueve años. El profesor de la escuela de Río Grande les dio una tarea: tenían que llevar una pieza o figura de greda a clases. En el pueblo todos sabían que la abuelita trabajaba en greda y los apoderados fueron a comprar piezas para que sus hijos llevaran la tarea. Siendo testigo de todo esto, esperaste tranquila a que todos se fueran para preguntarle con voz tímida a la abuelita cuál pieza te iba a prestar para llevar a la escuela. Sin embargo, ella te respondió que a ti te habían mandado a hacer la tarea y no a ella, por ende, tenías que hacer tu propia pieza y llevarla a la escuela. Tuviste que juntar tu propio material, fuiste al potrero y, como se había regado hace poco, empezaste a juntar el barro más puro y limpio para crear tu pieza. Lograste moldearla y después de ello, seguiste el proceso que habías visto hacer a la abuelita con sus piezas, hasta el término con la cochura; así, llevaste con mucho orgullo tu tarea a la escuela. Fue una de las primeras confecciones e interacción con la greda en tu infancia.







Llegando a la ciudad

A los 14 años partiste a la ciudad de Calama a trabajar, por invitación de la señora Gualda Carrizo. La familia Coria Carrizo, cuyo jefe de hogar era panificador, fue de visita a Río Grande y llegó a la casa de la abuelita Pascuala. Conversaron la posibilidad de invitarte a trabajar con ellos, para que apoyaras el cuidado de los hijos de la familia. Te sentiste contenta ya que podrías comprar tu propia ropa y zapatitos de tu número, ya que durante tu infancia siempre llevabas ropa usada y zapatos más grandes. Querías tener tu platita porque los ingresos de la alfarería solo daban para lo necesario y con la agricultura se obtenía el trigo y el maíz que cosechaban con la abuelita, y tú querías comprar cosas que no era posible conseguir en el pueblo.

Durante dos años estuviste con la familia Coria Carrizo, trabajando en la calle Latorre, en pleno centro de Calama. Me contabas que con ellos fuiste testigo de cuándo, para la festividad de la Virgen del Carmen de La Tirana, en Iquique, el 16 de julio, compraron la imagen del niño Dios para la señora María Coria. Hoy esa imagen lleva el nombre de “Manuelito Chunchu” y, por traspaso generacional, en la actualidad el esclavo del Niño Dios es la familia Torrejón Salva, quienes cada año celebran su festividad para la Navidad y el cierre del nacimiento junto con todas las costumbres que dejó la señora María Coria.



Después de eso decidiste trabajar durante la semana con el matrimonio de Emilio Mendoza y Anita Selti, en la Villa Caspana, y los fines de semana trabajabas con la familia Fernández Galleguillos, en la calle Antonio Varas, de la población O'Higgins. Llegaste en un momento bastante especial ya que el matrimonio estaba atravesando por una separación y fuiste un apoyo fundamental para la señora Damiana y su hija Leonor Fernández, quien en esa época tenía solo cinco años.

Además de cocinar, le enseñaste a los niños de la casa a bailar cumbia y cueca, y te motivaba mucho hacer distintas actividades en familia. Leonor me contó que en una Navidad se les quemó el arbolito de pascua y tú le pediste a su padre, Pedro, que hiciera un *pirucho*: un círculo de madera puesto en el cielo de la casa con un cáncamo, desde donde colocaste varias pitas de saco hasta formar un arbolito de Navidad. Así nació el apodo *Pirucho* con el que Pedro sería conocido de ahí en adelante. Después les compraste a los niños un Viejito Pascuero inflable, los llevaste a la Misa del Gallo y les enseñaste el motivo de la Navidad y a poner sus zapatos en la ventana. Siempre estabas muy pendiente de tenerles un presente y en una ocasión, le regalaste a cada uno el Primer Nuevo Testamento para Niños, que conservan hasta hoy.

Junto con la señora Damiana, inscribiste a Leonor y a Juan para la preparación de la Primera Comunión, en la parroquia José Obrero del sector donde vivían; te encargaste de la confección del vestido de Leonor para que pudiera recibir su sacramento. Les regalaste un álbum de fotos y un disco (el himno de carabineros, para que lo aprendieran desde chicos).



Siempre iban a visitar a la abuelita Pascuala Vilca; a veces las llevaba el tío Pío a Río Grande y en otras oportunidades a algunas estancias. Una vez fueron a Río Grande con un caballero de edad que tenía un furgón algo antiguo, a buscar piezas de cerámica que le habían encargado de Santiago a la abuelita Pascuala. El furgón quedó “en pana” en la Cuesta del León y tú y los demás niños se bajaron para empujarlo, ¡toda una aventura! Siempre que iban a visitar a la abuelita Pascuala iban a la casa de abajo, que es donde la abuelita vivía y pasaba más tiempo; afuera de su dormitorio, en un poyo⁴, tenía toda su cerámica. Tú les decías a los niños –Ayuden, ayuden, con harto cuidado para que no se vayan a quebrar las piezas– y les pasabas papel de diario para que ayudaran a envolver las piezas que estaban sobre el poyo, para luego dejarlas en una caja platanera. Esas cajas se usaban comúnmente en esos tiempos porque eran lo suficientemente grandes como para guardar las piezas de greda, las que se transportaban con mucho cuidado para que no se quebraran porque el camino no era muy bueno. La abuelita Pascuala hablaba con los niños, a pesar de ser de edad avanzada pudieron conocerla y compartir con ella cuando iban a Río Grande.

Trabajaste en esa casa hasta que pololeaste con mi papá. Después nací y te fuiste a formar tu hogar.

⁴ Banco de piedra y barro normalmente arrimado a las paredes en el exterior de las casas.



Compartiste parte de tu juventud y viviste con el matrimonio de Anita Selti y Emilio Mendoza en la Villa Caspana. La señora Anita Selti te inscribió en el centro de actividades para que participaras en los talleres de moda, que eran cursos gratuitos que había en esos tiempos, donde estuviste mucho tiempo aprendiendo distintas manualidades, como por ejemplo una figura de un perro de género y pañuelos bordados, entre otros trabajos.

También trabajaste con otra familia vecina al cuidado de tres niños, los que andaban para arriba y para abajo siempre contigo, y tú asumiendo una maternidad sin ser mamá aún, haciéndote responsable desde niña.





Raíces en la ciudad

Mientras vivías en Calama, recibiste la invitación de uno de los integrantes de la agrupación folclórica Kamac Mayu, grupo de personas de Río Grande compuesto por jóvenes, adultos y adultos mayores que trabajaban y hacían su vida en la ciudad. Con este grupo folclórico recordaban sus raíces, la música y los bailes típicos de su pueblo, difundiendo parte de su costumbre y tradiciones, razón por la cual te animaste a participar. Se juntaban a ensayar y actuaban en distintos festivales, tanto regionales como nacionales; les iba bien y se hicieron cada vez más conocidos.

Kamac Mayu se formó el 21 de mayo de 1969 en la casa del matrimonio Mendoza Tinte, en la avenida Grecia, exclusivamente con músicos hombres.

El primer año en que se llevó a cabo la Teletón en Antofagasta, el grupo Kamac Mayu fue invitado a participar en el evento, pero en esa ocasión fueron sin trajes ya que aún estaban en confección.

Si bien también había socias, ellas no bailaban. Al tiempo se agregaron las mujeres como bailarinas, para participar en el Festival Nacional del Folklore de San Bernardo. La señora Anita se juntó contigo para trabajar en la confección de los primeros trajes que utilizarían las bailarinas que iban al festival. Elegiste verde para la pollera y color granate para la blusita (llamada chaquetilla), utilizando como modelo la vestimenta de la señora Carmela, suegra de Anita.



Anita Selti me contó que al Festival Nacional del Folklore de San Bernardo su hermano Vicente llevó cantaros de greda. Como no tenían donde colocarlos, se los cargaron en la espalda para ingresarlos al escenario. Todo comenzó como un juego, pero finalmente levantaron el telón y tuvieron que bailar con las piezas, eso llamó mucho la atención del público. Un periodista tomó una foto de ti y la señora Anita, pero nadie se las compartió y solo después se enteraron de que habían sido foto de portada en un diario, ya que un señor antropólogo se lo comentó tiempo después a Emilio Mendoza.

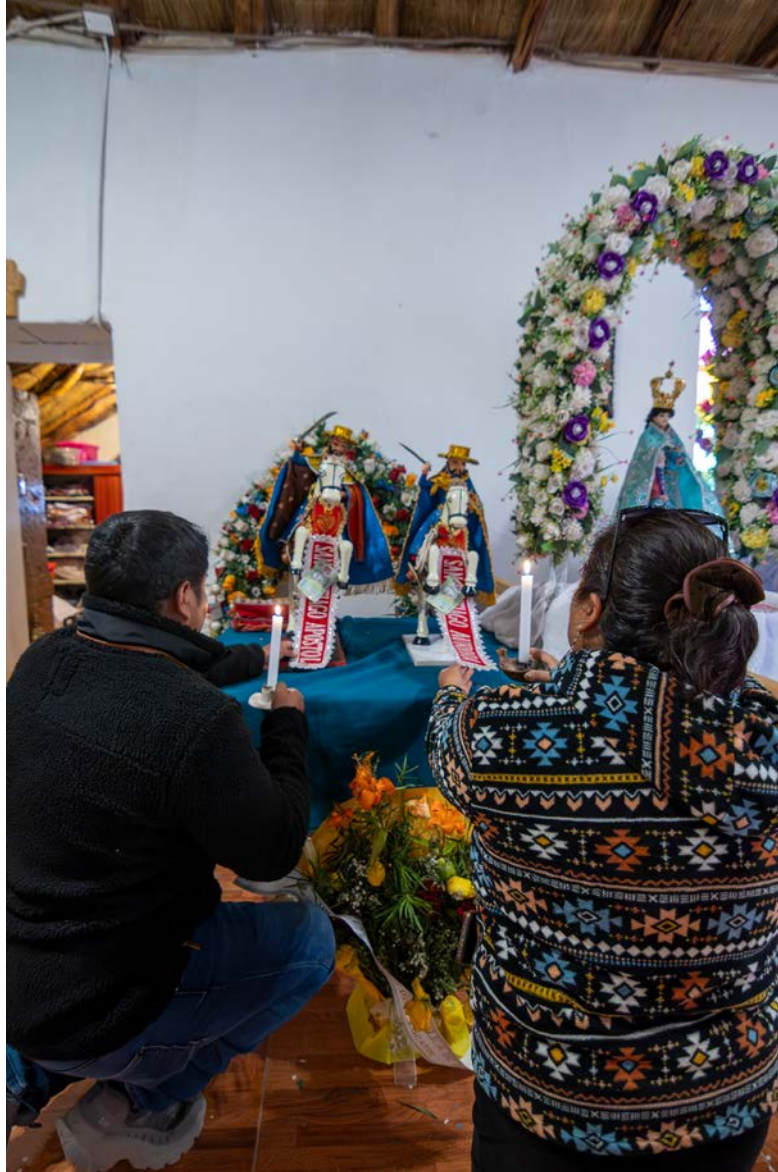
En ese festival participaron grandes figuras de folklore, como Margot Loyola y Jorge Yáñez (compositor de la canción “El gorro de lana”). Con él bailaste un trote tradicional de los sikuris y en esa ocasión él te comentó que la danza “es despacito, pero cansa”.

Con el grupo también conocieron Viña del Mar, la Quinta Vergara y alrededores; el guía encargado de llevarlos a visitar los atractivos turísticos de la quinta región era el actor Renato Munster.

En este periodo también estuviste en un coro musical durante varios años. Participaste de estas actividades y viajes cuando te lo permitía el tiempo libre de tu trabajo.







Con fe y devoción

Participaste en el Baile Religioso Gitano de Conchi Viejo desde 1972, bailando para la festividad de la Virgen del Carmen de Conchi Viejo por varios años.

Fuiste invitada por el Baile Religioso Gitano promesante a la Virgen del Carmen de Conchi Viejo para asistir a la festividad de San Santiago del poblado de Toconce, el día 25 de julio. Tuviste dudas de participar, ya que eras fiel a la devoción de San Santiago de Río Grande; entonces coincidió que el Baile aceptó ir bailando para Toconce y decidiste acompañarlos. Recuerdo cuando me contaste que soñaste con tu San Santiago algunos días antes de ir. Cuando llegabas a visitarlo, la iglesia se cerraba y no dejaba que lo vieras; en otra escena aparecía en la procesión del pueblo y tu querías alcanzarla para saludarlo, y él se perdía de nuevo al final de la otra calle. Cada vez que querías verlo no se podía y se iba cada vez más lejos. Despertaste asustada y con pena porque sentiste que estabas traicionando a tu patrón San Santiago al irte a otra localidad.

Nos transmitiste tu fe y devoción por la festividad de San Santiago Aurora y Apóstol junto a Santa Ana, que se celebra los días 24, 25 y 26 de julio con cada vez más devotos y promesantes. Desde que tengo memoria, siempre me llevaste a la festividad de San Santiago y hasta el día de hoy participo en ella; ayudo en lo que se necesite, mantengo mi fe y devoción hacia San Santiago Aurora, San Santiago Apóstol y Santa Ana, y doy gracias por la fe y el amor por las tradiciones y costumbres de nuestro pueblo Santiago de Río Grande que tú me dejaste.





Mamá y papá

En una de esas tantas visitas a tu abuelita en Río Grande, ella te mencionó que estabas adulta y que deberías tener a alguien que te acompañe para el resto de tu vida. Quería que tuvieras presente que en algún momento ella iba a partir y no quería que te quedaras solita.

Llegó el amor a tu vida: conociste a mi papá con quien tuviste una conexión. Decidieron conocerse y compartir; salían al cine, iban al circo y tuvieron mucho tiempo de pololeo. En una ocasión fueron a Río Grande para la celebración del carnaval y el santo carnaval los casó en la plaza; esa era una anécdota bastante linda y bien recordada por ustedes. El carnaval los bendijo para que siguieran juntitos y para ustedes esa era una muestra de bendición. De esa unión nació yo, tu hija Miriam Coria Tito. Les enseñé a ser padres responsables y me entregaron todo lo necesario; mi papá siempre estuvo preocupado de que nada me faltara y así formamos una familia que se fue agrandando junto a mis hermanas y hermano.

Una vez tú y mi papá asumieron la festividad de San Santiago –el año no lo recuerdo bien– como compromiso familiar. En aquel tiempo las cosas eran distintas a como son ahora; por ejemplo, para cocinar se utilizaba



la *conchana*⁵; para esa ocasión estuvieron todo el día recolectando leña de pingo pingo y yareta. Para beber, cocinar y elaborar todo había que ir a buscar agua al río, pero tenía que ser bien temprano para que estuviera limpia y clarita; más tarde bajaba la crecida y el agua salía turbia.

Para servir a los invitados y comuneros del pueblo prepararon chicha de maíz (la cual requería de una gran comitiva, para que quedara sabrosa) y el rico pan amasado en horno a leña. También elaboraban la *pisangalla* (palomitas de maíz) en una olla de fierro en el fogón, con arena de río para que no se peguen, utilizando pajas para revolver.

Prepararon con dedicación las “huinchas”, que es una especie de ofrenda que entregan los Alférez⁶ a los comuneros y a las visitas en general al terminar la festividad, llenos de alegría y emoción. Decías que todos los aportes y lo que quedaba era la bendición de San Santiago, que es tan grande la fe que la inversión ni se siente.

Ahora comprendo todo el trabajo y la responsabilidad que había detrás de su compromiso como Alférez, así como la emoción y gratificación de estar pendiente de todos los detalles que requería la preparación de la fiesta.

5 Círculo de piedras que se hace en el suelo y en cuyo centro se enciende fuego para cocinar.

6 Personas que asumen en forma voluntaria los costos de producir la festividad.





La abuela cae enferma

La abuela Pascuala enfermó producto de los años y de una caída que tuvo. Mi mamá estaba agarrando la carga y la abuelita la colocaba sobre un burro, en la casa del tío Luis. Entonces un remolino levantó un cartón o un nylon y la burra se espantó, chocando con la abuelita que se cayó y se pegó en las caderas, quedando con secuelas graves.

Se movía con la ayuda de un piso para trasladarse, ya que no tenía fuerza en sus caderas. Fue entonces que dejaste de trabajar en Calama para cuidar a la abuelita durante dos años, devolviendo la mano, tal y como ella te cuidó y protegió cuando estabas pequeña. El tío Alejo la cuidaba también, llevándole agüita al dormitorio y atendiendo sus necesidades.

En ese entonces mi tía Feliciano tenía formada su familia y vivía en San Pedro de Atacama. Cuando la abuela decayó, le avisaste por medio de un papelito que le enviaste con el chofer de la ambulancia, Camilo Varas. La nota decía que la abuelita se había puesto mal, que estaba enferma y que había que llevarla al hospital. Cuando recibió la nota, la tía se encontraba lavando ropa en una batea y le dijo al chofer —Espérame un ratito, llévame con mis hijos también—. Dejó todo en un palo atravesado y se fue, con media bolsita de leche y un kilo de arroz que entregaban en la posta de San Pedro, en la ambulancia hacia Río Grande a acompañar a la abuelita.



A la abuelita la bajaron en camilla desde la casa de arriba; mi tía Feliciana se despidió de ella a la orilla del río. Entre el dolor de riñones y la agonía que padecía en ese momento, le encargó sus animales y le dijo que cuidara al tío Alejandro. También encargó vender el burro chato a Genaro Choque para hacer charqui y que conservaran la burra para que les sirva y ayude en la siembra. La tía Feliciana, sosteniendo un hijo entre sus brazos, le dio un beso en la frente a la abuela diciéndole que ella se quedaría y que fuera tranquila.

Se comunicaban con Calama a través de radio para saber el estado de la abuela en el hospital, hasta que el día 24 de julio de 1986 les avisaron que había fallecido; justo cuando el pueblo estaba en plena festividad de San Santiago Aurora. Cuando llegó la carroza con la abuelita, el pueblo se despidió de ella y luego la trasladaron al cementerio. Este lugar santo se encuentra ubicado en un cerro y el camino de acceso peatonal se empina zigzagando por tres vueltas, lo que lo hace difícil de subir para algunas personas que sufren de la presión o de puna.

La abuelita Pascuala Vilca descansa en paz junto a su amada hija Inés Tito Vilca, en el cementerio de Santiago de Río Grande.





*Que es linda mi tierra
parece ser un encanto /
Este es el nuevo remate
Linda flor de cortadera (bis)/
Así se saca el barro, de una sola
polvadera (bis)/
Qué les parece señores
artesana de Río Grande”.*

Elena Tito



Continuando con la vida

Después de la partida de la abuela Pascuala te hiciste cargo de los terrenos que le fueron dados en vida, quedando como socia de la comunidad de Santiago de Río Grande. Participaste en la directiva de la comunidad con el cargo de presidenta. Durante tu período realizaste varios cambios para el bien de la comunidad, por ejemplo, que los adultos mayores recibieran el pago de su pensión en el mismo pueblo, evitando que tuvieran que viajar a San Pedro de Atacama; en esos tiempos era más compleja la movilización y tú lograste facilitar ese trámite.

Durante ese periodo conociste y compartiste con tus nuevos vecinos; nuevos porque antes habías estado varios años trabajando en la ciudad.

Seguiste la tradición familiar con conocimientos heredados de nuestros antepasados ubicando tu mesa en la plaza, en el lugar que nos dejó el abuelo José Tito. Participabas del baile tradicional de “los cuartos”, que se baila en parejas al son de zampoñas, junto a los Lakitas, durante la procesión del día de San Santiago, el 25 de julio, y de Santa Ana, el 26 de julio; la procesión finaliza el mismo día en la plaza de Santiago de Río Grande.

Con ocasión de esta fiesta se hacen ofrendas de carne de cordero y cabrito llevadas por los ganaderos, el o los Alférez y todos quienes tengan fe y cariño para la cera (presentación de ofrendas) de San Santiago Apóstol.

Posteriormente, “los cuartos” se entregan a las personas que llevaron ofrendas a la iglesia y bailaron en la procesión, las cuales fueron anotadas en un registro los días previos a la repartición.

De acuerdo con la costumbre, las actividades finalizan con la ventilla⁷ y la limpia de canales, que es parte muy importante de nuestras tradiciones. Empezaste a ser parte de los trabajos comunitarios, a pagar tus cuotas sociales y a participar de la limpia de canales, que se realiza cada 28 de julio: Preparaste tu mesa en la plaza de Río Grande, llevando tu cazuela de gallina y tu picante de conejo, platos especiales y de tradición para la Santa Sequia, junto con la pisangalla, las sopaipillas y las empanadas de carne y huevos duros.

La Santa Sequia consiste en limpiar nuestros canales de regadío y agradecer por el agua para la siembra. Cada 27 de julio empezamos con esta tradición pidiendo permiso a nuestros antepasados en la noche de los abuelos. Temprano al día siguiente, se juntan todos los socios –cada uno con vino navegado en su tetera– y se pasa la lista de todos los comuneros; se hace el pago en el primer canal y después se parte el trabajo de

7 Tradición que lleva a las comuneras a vender productos para comer, todo es un juego donde se va al “banco” para hacer un giro llevando la foto de una persona, para poder retirar parte de su dinero guardado en el banco, entregando por ello pedazos de piezas de greda que son considerados como dinero para empezar a comprar y comer ricos alimentos que están a la venta como por ejemplo sopaipillas, empanadas, café, chocolate para el frío.





la limpia de canales. Las mujeres se encargan de llevar el almuerzo a la plaza del pueblo, colocando mesas y sillas para servir a los trabajadores cuando lleguen formados después de terminar el primer turno. Ahí almuerzan todos los comuneros juntos, es una actividad muy linda porque nos reunimos todos. Son momentos únicos en que podemos compartir todos los socios. Al terminar el almuerzo se canta el alabado en la plaza, agradeciendo por todo lo servido. Luego los hombres realizan el segundo pago en el canal y en ese momento los socios llevan sus voluntades (*tinkas*) y alguna bebida para el pago, la que después se sirve y comparte entre todos.



"...para mí es mi alegría, yo me siento feliz haciendo cositas, hago muchas cosas de museo, ahí están los ancestros, el Inca, los trabajos de los gentiles, ellos son los descendientes del Inca que trabajan, entonces hay tantas cosas que dejaron. Como tarea yo miro y hago replica, hay cositas que me enamoran, de todos, son mis hijos porque yo los creo para mí es amor, todo es amor a la tierra, es amor y todo lo que yo hago es con cariño y amor"

Elena Tito



Retomando la técnica ancestral

La agrupación Kamac Mayu presentó un proyecto para realizar un curso de alfarería, extendiendo la invitación tanto a los integrantes de la agrupación folclórica como a la familia de los músicos y bailarines que la componían.

El profesor de Artes les enseñó a trabajar con greda como materia prima, con técnicas de amasado, creación de piezas, bruñido y pulido de lo moldeado, finalizando en el horno cerámico para la cochura de las piezas.

Tenía 12 años cuando participé de ese taller; tú me llevaste para que te acompañara y para que aprendiera esa técnica de manera más profesional, como complemento de la técnica ancestral que tú habías aprendido de la abuela Pascuala Vilca.

El taller finalizó con una exposición en el Museo de Historia Natural de Calama, ubicado en el parque El Loa, después de lo cual empezaste con más fuerza a reproducir piezas. En algunas ocasiones te solicitaron hacer réplicas de unas piezas del tiempo de los Incas y lograste hacerlas tal cual. Así es como me doy cuenta de que tú eres la continuidad de la abuelita Pascuala Vilca y que mantuviste el legado vivo de los conocimientos y técnicas de las y los alfareros de Santiago de Río Grande. Nada te quedaba grande y podías hacer sin mayores problemas cualquier pieza que te encargaran solo mostrándote fotografías o dibujos.

Recolectabas las materias primas en el campo para luego prepararlas y reproducir los encargos de personas que te conocían; modelabas tus piezas cada vez con más seguridad y confianza en ti misma. Siempre nos decías que tus creaciones eran tus hijos y por eso te daba pena cuando te compraban tus piezas, ya que las considerabas parte de ti. Te quedabas, eso sí, con la esperanza de que podrías volver a moldearlas, porque tenías la técnica para dar vida y forma a las piezas que dejaron nuestros ancestros, y de ese modo mantener vivas nuestras tradiciones, costumbres y patrimonio cultural.

Continuaste el oficio de la alfarería junto con algunos integrantes de Kamac Mayu, como las señoras Tomasa Ayaviri y Anita Selti, y el señor Emilio Mendoza. Con ellos compartías la misma pasión de los antepasados, creando y transmitiendo la alfarería atacameña de nuestra cultura Lickanantay. En ocasiones se reunían a compartir ideas e intercambiaban conocimientos y técnicas para trabajar de mejor manera. Algunos reproducían piezas que estaban en el Museo R. P. Gustavo Le Paige de San Pedro de Atacama, cada vez más fascinados en crear y recuperar las piezas que nos dejaron nuestros ancestros del tiempo de los Incas. Otros ponían rostros de animales y personas en vasijas, jarros y piezas ceremoniales para realizar nuestros ritos. Después fueron creando piezas decorativas con motivos de la zona para que fueran accesibles al turista y las pudieran trasladar a su país de origen sin mayores problemas.

Posteriormente, el profesor de Artes te invitó a participar como ayudante en un pequeño taller en una escuela, complementando su conocimiento





más profesional con el de tu técnica alfarera ancestral. Esa fue una experiencia bastante especial, ya que te conectó con el oficio que trabajó en algún momento la abuelita Pascuala Vilca. Fue una manera de volver a tu infancia y recordar tu niñez junto a ella, y los inicios de tu aprendizaje en tu pueblo. Te diste cuenta entonces que no era casualidad seguir con esos talleres, ya que eran un gran paso para continuar con el legado de la abuelita Pascuala.

Avanzaste de a poco, continuando con talleres a través de la Fundación Prodemu para las mujeres. Fuiste recorriendo algunas localidades del Alto Loa, como San Francisco de Chiu-Chiu, Lasana, Ayquina, Toconce. Algunas de las localidades de Atacama la Grande a las que fuiste a hacer talleres de alfarería fueron San Pedro de Atacama, Toconao y Santiago de Río Grande.

Realizaste talleres para los niños a través de la Corporación de Cultura y Turismo de Calama y también para adultos en el Departamento de Patrimonio que está dentro de las dependencias del parque El Loa. A través del Departamento Andino de la Municipalidad de Calama hiciste un taller de cerámica para las integrantes de la Mesa de la Mujer Indígena Rural. En ese taller participaron mujeres indígenas de la parte rural de Calama, del Alto Loa y de Atacama La Grande. También asististe al Seminario del Hombre Andino, realizado en la localidad de Caspana, donde fuiste expositora y recibiste un premio por tu reconocimiento como Tesoro Humano Vivo.





“... El barro tiene un espíritu, la tierra tiene un espíritu, por eso mismo uno mismo tiene que contactarse con ella, hay que enamorar a la tierra para que se entregue. Y si yo no la enamoro, no pos, para que voy a ir contigo, si tú me vas a botar... igual que un hijo”.

Elena Tito

Cerámica dorada

Después de haber realizado varios talleres, se hizo evidente tu necesidad de tener un horno cerámico eléctrico propio para cocer tus piezas de greda. Esto porque debido a las condiciones de vida en la ciudad, no era factible hacer la cochura tradicional más rústica que requería guano seco de animal o abundante leña.

La manera más cómoda y moderna de cocer las piezas era con la ayuda de un horno cerámico eléctrico. Con apoyo del profesor de artes, postulaste a un proyecto Fondart, preparando el formulario de postulación y adjuntando toda la información necesaria para que todo resulte excelente. La idea era conseguir el tan necesario horno cerámico dada la gran demanda de confección de piezas de uso diario y ceremonial, aparte de lo que se hacía en distintos talleres que también requerían cocer las piezas una vez finalizados.

Cuando el proyecto fue aprobado estabas muy contenta y emocionada porque podrías adquirir tu propio horno cerámico. Así ibas a tener la independencia de cocer tus propias piezas sin depender del tiempo y la disponibilidad de los demás. Finalizando este proyecto hiciste una exposición que nombraste “De las manos de Pascuala Vilca”, en el Museo de Historia Natural de Calama, donde diste a conocer a la comunidad loina, a través de la prensa escrita y radial, el legado de la abuelita Pascuala Vilca. Le hiciste un reconocimiento y le agradeciste por la técnica



alfarera que te enseñó y que tú te encargaste de mantener viva. Esta exposición te sirvió para tener más contacto con el mundo cultural y para dar a conocer la alfarería a través de medios escritos y radiales, que en esos tiempos eran nuestras redes sociales y la manera de difundir la información.

Tu taller llevó el nombre de “Cerámica dorada”, porque tus piezas brillaban mucho cuando se colocaban al sol o en la luz, por el dorado de la *ulla*⁸ que se reflejaba en las piezas. Naturalmente eso te llamaba la atención, por eso elegiste ese nombre, como siempre decías cuando tus alumnas y conocidos te preguntaban cómo habías escogido el nombre de tu taller de cerámica.

A través de la selección de materias primas y la *ulla* fuiste marcando una identidad en tus creaciones y entregando perfección en cada detalle de los trabajos que modelabas, siendo más rigurosa y con mejores terminaciones, colocándote metas.

En paralelo fuiste transmitiendo y dando a conocer tu técnica en los talleres a los que te invitaban distintas entidades públicas. Antes de empezar tus talleres siempre iniciabas con la introducción, presentándote a ti misma y dando una breve reseña de tus conocimientos y legado alfarero; llevabas una muestra de la materia prima, ya más confiada y segura de tus conocimientos. Siempre admiré tu manera de expresarte

8 Denominación local de la greda que posee brillo de oropel.



ELENA TITO TITO

Cerámica
dorada

Calama
II Región de
Antofagasta



y dirigirte al público o a las aprendices en las distintas actividades que realizabas, tan orgullosa de tu origen y cultura Lickanantay. Hoy en día, cuando hago mis propios talleres, se vienen a la mente los recuerdos de cuando asistía contigo y eso me da fuerza, me siento acompañada espiritualmente contigo para continuar tus pasos, entregándome más confianza y seguridad.

Actualmente puedo decir con orgullo y emoción que estoy llevando a cabo lo que te prometí un día: ser la heredera de los conocimientos ancestrales y mantenerlos vivos, enseñando y transmitiendo la técnica de nuestros ancestros. También me alegra bastante ver que la mayoría de tus alumnas de los pueblos originarios siguen tus pasos y enseñanzas y hoy en día continúan trabajando en la alfarería; ocasionalmente me las encuentro participando en distintas ferias y encuentros culturales.







Elena Tito: Tesoro Humano Vivo

La nominación y postulación de mi mamá como Tesoro Humano Vivo⁹ (THV) se llevó a cabo a través del Club del Adulto Mayor de Ayquina, en el año 2015. Irma Panire, nuera de José Saire, quien en ese entonces era presidente del Club del Adulto Mayor, cuenta que en una reunión donde participaron todos los adultos mayores de la comunidad llegaron al acuerdo de postularme como THV, cuyo registro quedó en las actas de ese año. Wilson Segovia Bartolo, funcionario del Departamento Andino de la Municipalidad de Calama fue el encargado de reunir los antecedentes y apoyos para tu postulación, en conjunto con la Corporación de Cultura y Turismo.

9 Tesoros Humanos Vivos (THV) es la instancia oficial de reconocimiento que el Estado chileno otorga a comunidades, grupos y personas que son distinguidos y destacados por sus pares, por los significativos aportes que han realizado a la salvaguardia y al cultivo de elementos que forman parte del Inventario de Patrimonio Cultural Inmaterial en Chile, de acuerdo a lo establecido en el Proceso para la Salvaguardia de Patrimonio Cultural Inmaterial. El objetivo del reconocimiento es contribuir a la valorización pública del aporte y rol estratégico que determinados colectivos y cultores/as han tenido en la continuidad y vigencia de un elemento de patrimonio cultural inmaterial específico. Extraído de: Tesoros Humanos Vivos | Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.





Fue en el seminario “Pueblos indígenas, saberes y desafíos en el siglo XXI” (realizado en Caspana), organizado por el Departamento Andino de la Municipalidad de Calama, donde –además de relatar la exposición “Tierras sagradas, cerámicas andinas e identidad alfarera”– se llevó a cabo una emotiva ceremonia donde recibiste una mención de honor por haber sido reconocida como THV. En esta ocasión cargaron en tu espalda distintos libros que reúnen la historia de los pueblos andinos en una *Llijlla*¹⁰, representándote como una persona cargada de saberes.

Como hija me emociona bastante contar hoy que hayas sido reconocida como THV en 2015, en el área de la alfarería, siendo tú y don Alejandro González (músico y artesano tradicional de Toconao) los únicos de la región que recibieron este honor a nivel nacional. Este reconocimiento entregado por el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio bajo lineamientos de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), fue un premio merecido por tu trayectoria en la tradición ancestral, y llevó muy lejos los conocimientos de la técnica ancestral de los alfareros de Santiago de Río Grande.

A pesar de estos grandes reconocimientos, siempre fuiste una persona humilde y sencilla. Me decías que siendo así, con esas cualidades, llegaría muy lejos y eso me queda claro porque siempre estoy dispuesta a enseñar y transmitir este legado que te entregó la abuelita Pascuala. Considero que es un gran reconocimiento hoy en día para nuestras ancestras de la alfarería tradicional.

10 Manta tradicional atacameña, tejida en telar pudiendo ser de lana natural y/o teñida.





El último recorrido

Siempre tenías en tu mente que los alfareros de Santiago de Río Grande no perdieran esta tradición y te preocupaba que no hubiera traspaso de conocimientos hacia las futuras generaciones. Es por ello que te involucraste directamente en mantener este legado vivo, teniendo presente los saberes que te entregó la abuelita Pascuala Vilca, recorriendo varios lugares, enseñando la tradición alfarera y difundiendo su sabiduría. También dejaste comprometida la extensión del reconocimiento individual que te dieron como THV hacia los demás alfareros y alfareras de Santiago de Río Grande, permitiendo que estos conocimientos y técnicas fueran reconocidas como patrimonio cultural inmaterial.

Expusiste tus piezas en La Moneda, a través de la Fundación Artesanías de Chile; con el Servicio del Patrimonio Cultural y la unidad de Patrimonio Cultural Inmaterial de la región de Antofagasta, participaste en distintas actividades y desarrollaste varios talleres, que hoy orgullosamente sigo implementando para honrar tu legado y difundir nuestra tradición.

Muchos y merecidos han sido los homenajes que te dieron en vida. Se pueden visitar varios videos en Youtube con tu testimonio. Uno de los últimos proyectos en que estuviste involucrada fue el de un cortometraje denominado “Memorias del barro”, basado en tu historia. Sofía Quiroz y Daniel Canto, parte del equipo de la Productora Chepo Animaciones, se pusieron en contacto contigo antes que empezara la pandemia para





informar que habían postulado a un proyecto FONDART y querían realizar un corto animado con cinco mujeres destacadas de la segunda región, entre ellas estabas tú. Cuando te contactaron para ser parte de este proyecto no entendiste muy bien toda la información que te dieron y preferiste que yo me entendiera con ellos durante todo el proceso.

El corto animado –que habla de tu vida y obra, haciéndote un reconocimiento por toda tu trayectoria y legado de técnica alfarera ancestral– tuvo su estreno de manera póstuma, en enero del año 2025, y fue un largo proceso lleno de detalles y que exigió paciencia.



A woman with dark hair, wearing a vibrant red long-sleeved blouse and a bright blue skirt with a wide fringed hem, is crouching on dry, reddish-brown earth. She is holding a small, colorful woven pouch in her hands. A large, flat, wooden gourd lies on the ground in front of her. In the background, a clear blue sky stretches over a vast, arid landscape with a prominent, snow-capped mountain peak in the distance.

*Echemos la despedida
como echan los marineros/
Con la gorrita en la mano
diciendo adiós caballeros/
Este es el nuevo remate
Cordillera de los Andes (bis)/
Alegre nuestra artesana
que nos mira con los grandes.*

Elena Tito

*Ceremonia de reconocimiento
como Tesoro Humano Vivo*

Palabras al cierre

El legado que me dejaste es mantener vivo el conocimiento de la técnica ancestral alfarera para transmitirla a las futuras generaciones. Cuando falleciste te prometí seguir con esta tradición para así conservarla en el tiempo.

Cuando el Servicio regional de Patrimonio Cultural de Antofagasta me ofreció realizar talleres en las escuelas de Calama y Alto El Loa, me sentí un poco temerosa y con timidez, ya que siempre era la que te acompañaba; en esta ocasión tenía que empezar a realizar los talleres de forma independiente. En un principio les dije que era muy pronto; pregunté si era necesario hacer el taller ahora y ya que me estaban dando esta oportunidad, tenía que tomarla. Yo les decía –¿Niñas, están seguras de que yo voy a poder hacer el taller?– Sentí miedo, pero ellas me animaban y me apoyaron en todo momento. Siempre me recalcaste que el día que partieras yo tenía que continuar con este legado. De alguna forma sentí que yo estaba cumpliendo con eso y con todo lo que me transmitiste en vida.

Al momento de partir con los talleres, en el mes de octubre de 2022, aún había dolor por tu reciente pérdida, ya que falleciste en abril del mismo año. Preparé mi taller días antes y me preocupé de llevar la greda y otros utensilios que se usan para dar forma a las figuras que crearían los niños



y niñas. Les pedí que hicieran un animal típico de la zona y se decidieron por un llamito. Así les fui enseñando parte por parte, cómo lo debían moldear y cómo hacer las orejas, etc. En el taller les digo –tenemos que despertar al llamito– y le hacemos los ojos. De a poco me fui soltando, sintiendo confianza en mí misma y me ayudó también poner parte de mi cosecha. En todos los talleres hago una introducción con una reseña del pueblo Lickanantay, llevo un telón con tu rostro y cuento tu historia y la del pueblo de Santiago de Rio Grande.

El año 2023 hice un taller en la Escuela Juan Pablo II de Calama donde participaron 35 niños y niñas de quinto básico. Este taller se gestó a través de una solicitud muy especial: mi hijo mayor Tomás siempre me reprochaba que iba a otros colegios y enseñaba en otros lados; así que me pidió que fuera a su escuela y que les enseñara también a sus compañeros. Ahí pensé –Quizás está realmente interesado en la greda, ¿por qué no lo apoyo y lo hago participe?– Esa fue una gran experiencia para mí ya que tuve que partir y hacerlo sola, pero el mayor valor fue haberlo hecho en compañía de Tomás, quien me alentó a seguir avanzando en la transmisión de este legado y sus conocimientos.

Mi hijo siempre menciona que tiene lindos recuerdos de haber compartido con la Nena, que era como te gustaba que te dijeran. Uno de ellos es de los últimos viajes que hicieron juntos, que quedó muy impreso en su memoria, cuando te invitaron a hacer un taller en Iquique, en 2021,







cuando nació mi última hija Trinidad. Tomás y tú viajaron juntos por el fin de semana; ahí se comieron una pizza y un señor los estaba esperando a la llegada del bus para llevarlos al hotel. Siempre me cuenta que está agradecido por ese viaje y valora ese tiempo que se dio para compartir más contigo.

Cuando partí en este nuevo desafío de hacer talleres sentí temor y dolor. Conectarme con la greda era recordar y tenerte presente en todo momento, pero a la vez me sentía acompañada por ti y eso era una ventaja para enfrentar los talleres con niños y adolescentes. Me sentía segura y confiada con lo que estaba haciendo y enseñando en cada taller de alfarería, pero a medida que fui avanzando en este camino –cada vez más clara con mis conocimientos– decidí tomar nuevos desafíos. Así, llegué a hacer talleres de alfarería en el Centro Cultural Palacio La Moneda, para todo público. Fue un lindo proceso ya que la primera vez que participé en este Centro Cultural fue contigo, en el año 2012, y pasaron 12 años para que pudiera regresar de forma independiente a hacer los mismos talleres que una vez me enseñaste. Aquél fue un momento nostálgico y de mucha emoción por regresar, cada vez con más fuerza y más empoderada, con una visión mucho más clara y a la vez orgullosa de ir descubriendo este camino de la tradición ancestral alfarera. Hoy día estoy muy contenta de participar en distintos encuentros culturales, exposiciones, etc.

También postulé a la Expo Feria Mujeres Emprendedoras Indígenas 2024 y quedé seleccionada. Me sentí muy afortunada de poder participar por primera vez en esta linda actividad, donde quedé junto a dos

emprendedoras más de la región de Antofagasta; en total fuimos tres las representantes. Me sentí muy contenta por la oportunidad que me estaban dando, porque la experiencia de conocer a lindas personas de los demás pueblos originarios de todo el país fue hermosa. Recibí también una invitación para participar en el Encuentro Nacional de Alfareros, en Pomaire. Me siento muy honrada por haber sido considerada en este encuentro y contenta por intercambiar ideas y conocer otras técnicas que puedo aprender.

Me siento orgullosa y contenta de todas estas experiencias y actividades; siento que lo estoy haciendo bien y cumpliendo parte de la promesa que te hice. Cuando llegas a mis sueños y te veo contenta, me demuestra que dónde quieras que estés, te sientes feliz conmigo. Cada vez que trabajo en el modelado de las piezas te siento cerca; veo tus manos sobre las mías en cada detalle y recuerdo que siempre me decías que tenía que ser bien prolija en las terminaciones para tener un buen acabado.

Gracias por todo Nena, por lo que fuiste con nosotros como hijos. Fuiste una gran mamá pendiente de todo y de las necesidades de cada uno. Ahora que soy mamá entiendo que uno es capaz de sacarse el pan de la boca para que a tus hijos nada les falte. Fuiste el ángel que Dios nos regaló como mamá, muy fiel al cuidado de sus hijos. Gracias por permitirme ser parte de este legado y por guiar mis pasos a descubrir este mundo maravilloso que es la tradición alfarera de nuestros ancestros. Hoy brillas en cada pieza que modelo con mis manos, porque a través de ellas siempre estás tú presente. Gracias por permitirme mantener, enseñar y difundir este legado a las futuras generaciones.





Este libro es un humilde y sencillo homenaje para ti, para cumplir una promesa que siempre me pediste en vida y hoy hago realidad para no estar al debe contigo Nena.

*Junto a mi hermana Sandra son nuestras estrellas
que ahora brillan en el cielo y nos acompañan siempre.*







Testimonios familiares

Juan Coria Tito - Hijo

Entre los recuerdos que más he tenido presente durante el trayecto de mi vida están aquellos que me transmitieron enseñanzas fundamentales, como el respeto, la observación, las tradiciones, entre tantos otros que abundan en mi memoria y me acompañan constantemente.

Desde pequeño, tanto mi madre como mi padre me enseñaron virtudes que con el tiempo se han convertido en los pilares de la persona que soy hoy. La perseverancia, el trabajo duro, el orden y el apego a nuestras costumbres forman parte de mi día a día y son el reflejo de su guía.

Una de las vivencias más significativas que compartí con mi madre fue el “Pago a la tierra”. Siempre me decía que tenía que pedir por mi trabajo, mis estudios y mis metas; debía hacerlo con fe y desde el corazón, porque solo así se abrirían los caminos. Yo por mi parte le recordaba la importancia de ser agradecido por lo que ya habíamos recibido de la Pachamama, porque no solo se trata de pedir. Ella simplemente me miraba, sonreía y me decía –Está bien–. Esa conexión entre nosotros, hecha de silencio y miradas, decía más que muchas palabras.

Cuando comencé a trabajar en el rubro minero le conté a mi madre sobre una imagen de San Lorenzo que estaba en la planta. El santo se encuentra

en un rincón de la concentradora, un lugar casi escondido pero lleno de significado. Durante las noches de turno, suelo pasar a visitarlo. Siempre está acompañado de velas encendidas, fotografías de colegas que ya no están con nosotros y notas escritas a mano por quienes le piden favores o protección, o le agradecen. Es un espacio cargado de memoria y de fe.

Con el tiempo, llegó de nuevo el día de San Lorenzo. Me tocaba turno de noche y sentí un impulso muy grande por agradecer. Le conté a mi madre que quería hacer un pago a la tierra para dar gracias por la oportunidad de trabajar donde siempre soñé. Ella me sonrió con esa ternura suya y me dijo que lo hiciera con respeto, que agradeciera la vida y pidiera por mi salud.

Lo único que no le mencioné fue que haría ese pago en mi lugar de trabajo. Pensé que sería algo íntimo, pero luego les pregunté a unos colegas –también pertenecientes a comunidades indígenas– si querían participar, y me sorprendió que varios se sumaron. Desde entonces, cada año repetimos ese gesto. Nos reunimos, compartimos y honramos nuestras tradiciones con respeto. Se ha vuelto una ceremonia esperada y sentida por todos.

Mi madre siempre fue una mujer profundamente conectada con sus raíces. Disfrutaba la música, el canto y todo lo que tuviera un origen en el pueblo atacameño. Muchas veces, mientras moldeaba sus piezas de cerámica, la escuchaba tararear canciones que los Lakitas entonaban para bailar un trote. En medio del trabajo artesanal, sonreía y me decía



–Mira, aquí está tu hermano, ya casi terminando su pieza de greda–. Le daba un beso en la frente y se reía con dulzura. Amaba crear, dar forma con sus manos a cada obra, fuera para exposiciones o ferias.

Siempre llevo en el corazón una feria en particular, la del parque El Loa, conocida como FEPLOA. Cada vez que voy, el ambiente que se genera entre las familias, los puestos de artesanías, los aromas y colores me transportan a ella. A su presencia. Siento que, de alguna forma, aún está allí entre los pasos de la gente, en el eco de una canción, en la textura de una pieza de barro. Y eso me basta para sentirla cerca.



Rene Miño Albornoz - Yerno

Conocí a mi suegra a mediados de 2016, a través de su hija, Miriam Coria. Desde ahí en adelante seguimos juntos con tres lindos hijos: Tomás, Joaquín y Trinidad.

Una vez que la había conocido y estando junto a Miriam, me tocó vivir más de cerca con mi suegra, Elena Tito, quien ya era reconocida como Tesoro Humano Vivo.

Comencé apoyándola en los traslados hacia los puntos donde realizaba sus talleres y clases con sus alumnos. Yo aprovechaba esos momentos para participar y aprender de ella y de sus conocimientos, del trabajo que realizaba con sus manitas ya un poco desgastadas.

Cada trabajo lo hacía con amor y paciencia. Además, de ella aprendí muchos significados y etapas de la fiesta de San Santiago y me fui involucrando poco a poco. Ella me decía –Mira, pon atención a los movimientos, dichos y pagos que hacen los Yatiri para que aprendas y algún día lo puedas hacer tú–.

También me contaba de sus historias de niña y todo lo que paso cuando era más joven, sus historias de cuentos (La pastora y otros). Recuerdo cuando habló con mi madre y esta le ordenó a mi suegra que si yo me portaba mal o si era muy porfiado, la autorizaba a tirarme las orejas.

Ella fue un pilar de apoyo fundamental junto con su marido, don Saturnino Coria e hijos. Cuando ya me establecí y decidimos vivir juntos con Miriam, siempre estaba pendiente de que no nos faltara nada.



Durante la época de la pandemia, falleció una de sus hijas (Mary). Fue ahí cuando mi suegra comenzó a decaer poco a poco, hasta partir de este mundo terrenal en abril del año 2022. Su deceso ocurrió durante la mañana y llegamos con ella a urgencia con su cuerpo ya sin vida.

Te quiero mucho Nena. Siempre estarás en mis recuerdos y corazón, y se le echa de menos. Abrazos al cielo.



En la misma quebrada

Paya de Roberto Mondaca

Voy a contar, lo que pasó en un pueblo llamado Río Grande
Se jugó un partido de fútbol
Con tuti, entre los Chumpes con los Chifutis
Si ganamos decía un chifuti, nos vamos con mis amigos
A comer pan de trigo,
Por otro lado, un chumpe decía si ganamos,
Nosotros nos vamos en lote igual que los jotes
Que el Mondaca no toque el pito, decía la Margarita Tito
Yo estaré todo el rato gritando, decía un tal Armando
Yo para los muchachos haré jugo de zanahoria,
Por el fondo gritaba Antonio Coria
El que gane ganará la gloria, decía la Miriam Coria
Yo jugaría con mameluco, decía mi compadre Satuco
Yo haré almuerzo para los chiquillos
Gritaba la Nelly Galleguillos
Pondré mantel de tela
Por el fondo pronunciaba la Pamela
Yo lavaré la loza, decía la señora de Arturo Mendoza
Yo para no ser menos, lavaré los platos decía mi tío gato
Para que nadie se enoje, no digo más cosas
Porque del cielo me está mirando
Mi comadre las siete rosas.







Recuerdos de quienes te conocieron y quisieron

Roberto Mondaca - Amigo y compadre

En una oportunidad, cuando teníamos como 12 años, me dijo —Mañana voy a Santa Cruz— que queda a 5 kilómetros de Santiago de Río Grande. Yo le dije que quería conocerlo y al otro día pasa a buscarme tipo 7 de la mañana y nos dirigimos camino abajo. Ahí me explicaba de quién eran los potreros. En algunas partes no había camino y se debía caminar por el borde del canal, colindando con la pared del cerro y sectores de sembrío, totalmente peligrosos. Pero como éramos niños, no le temíamos al sendero. Así llegamos donde la abuela Felisa, quien nos recibió con un buen desayuno.

De vuelta me conversaba de Dios y de que ella quería servir a la Iglesia. Así luego la vi participando en capacitaciones en San Pedro de Atacama, hasta que se integró como pastoral, llegando a ser ministra. Por necesidad se vino a Calama y participaba en dicha ciudad. Con el tiempo nos encontramos de nuevo y me comentó que quería trabajar en la greda. La apoyé a que lo hiciera ya que se veía que le apasionaba mucho; era su vocación y a lo mejor no se había dado cuenta. Su prolijidad con ese material la llevó a crear artesanías y, con el tiempo, a ser reconocida y apoyada por varias comunidades, incluso de Alto El Loa, para declararla como Tesoro Humano Vivo.

Ella fue mi comadre Elena Tito, madrina de una de mis hijas. Un abrazo.



Yuvinza Fernández

Hija de los fundadores del Baile Religioso Gitano de Conchi Viejo

Elena Tito Tito llega a nuestro baile un 25 de mayo de 1972. Conoce el baile en uno de los ensayos y de ahí en adelante pasa a integrarlo como bailarina, con un período de promesa de nueve años. Su participación siempre fue activa, apoyando al baile de diferentes maneras, especialmente en la parte espiritual, motivando a todos los bailarines a rezar antes del almuerzo con oraciones y cantos de antaño. Es lo que se realizaba durante los cuatro días que duraba la fiesta en la festividad de la Virgen del Carmen. También le gustaba mucho la disciplina y la presentación del baile en cada turno que se nos asignaba para bailar delante de la Virgen. Se fijaba en que las bailarinas de nuestro baile siempre tuvieran un detalle. Por eso en algunas oportunidades llevaba claveles. Nos instaba a ponernos uno a un costado del pañuelo que llevábamos en la cabeza y a los hombres, en el sombrero. Es por eso que Elena recibió el apodo de las siete rosas.

Leonor Fernández - Amiga (mi mamá la crio desde pequeña)

Mi tía fue el apoyo fundamental para mi mamá ya que estuvo con nosotros cuando mis padres se distanciaron. Fue un gran apoyo y mi tía nos involucró mucho con Río Grande, con su costumbres y tradiciones. Era bien auténtica y siempre nos enseñó a tener identidad: la coca, el vino, la pachita, los abuelos, hasta el día que falleció mi papá me decía



esas cosas. Cuando mi tía Elena tenía oportunidad me contaba de todo eso que me gustaba cuando ya estuve más grande y consciente, porque cuando uno es más chico no entiende muy bien las cosas cuando le hablan. Cuando conversábamos en el parque El Loa, ella me decía de todo el significado y todo lo que ella hacía con su greda, y me hablaba de su respeto a la tierra.

Cuando falleció mi papá, me dijo —¿Te fijaste lo que hicieron las llamas?— y yo le dije, —Si tía— porque ella andaba muy de cabecera cuando falleció mi papá. Al llegar a Río Grande estaba en todas sus costumbres, y se molestó cuando entramos por la derecha a la iglesia, ya que hay que entrar por la izquierda. Me acuerdo cuando llegamos a Hierbas Buenas en la camioneta con mi papá. Las llamas se formaron y se abrieron e inclinaron la cabeza [...] y ella me dice —¿Te fijaste?— y yo le respondí que me emocionó cómo los animalitos se abrieron y recibieron a mi papá. Ella me dijo que eran los ancestros, eran los abuelos que estaban recibiendo a mi papá. Fue algo hermoso que te digan que la tierra está recibiendo a tu papa. En Esquina Blanca me dijo lo mismo. Se bajó a dirigir todo y las llamas estaban en el altito, y todo eso ocurrió cuando uno está haciendo bien las cosas, todo lo que se hizo con mi papá fue siguiendo las costumbres. Ella fue el pilar fundamental de la transmisión de las costumbres como deben ser.

Estaré agradecida toda la vida de mi tía. Mi tía desde chica me enseñó a bailar; me preparaba almuerzo me acuerdo, nos cocinaba cebolla, papa y huevo, y con ella aprendí a comer habas, berro e hígado, porque aunque



no me gustaba, con ella sí lo comía porque lo preparaba bien rico. También nos hacía huevo de parina, que era una delicia y nos llevaba a ver el barrial de donde sacaba el barro para hacer la cerámica, para buscar greda, la materia prima. Nos llevaba como niños chicos, éramos sus acompañantes y nos gustaba comer barro y nos entreteníamos hartos con ella, lo pasábamos bien.

Es lo que recuerdo siempre de mi tía, agradecida de la vida. Me enseñó a bailar cueca y cumbia, y ahora que se murió Tommy Rey me acordé mucho de ella por las canciones, de “Arréglate ese rulito”, y que no faltáramos a misa los días domingos. Ella siempre iba a misa todos los domingos, era muy católica, muy apegada a la Iglesia.

Carolina Ayavire - Amiga y alumna del taller realizado en Toconce

Conocí a la Elenita el año 2016, cuando mi padre, Floridor Ayavire, era presidente de la comunidad de Toconce. Ese año Elena había comenzado su recorrido por los pueblos del Alto El Loa y Atacama La Grande, impartiendo talleres de alfarería. Al principio no había muchos interesados porque Toconce es un pueblo de alfareros, por lo que aún quedaban descendientes que conocían el oficio, pero no todos lo practicaban y no recordaban todo su proceso, aunque aún estaba vivo Miguel Ayavire, alfarero de los antiguos. Para completar la lista nos pidieron inscribirnos; mi padre como presidente y yo como su hija ayudante en ese entonces, aceptamos para apoyar sin imaginar lo que se venía. Si bien mi padre era descendiente de los alfareros de Toconce, ese año Elena empezó a



observar mis piezas, por los detalles y terminaciones, y porque comenzaba a hacerlas más grandecitas. Estando junto a mi papá me dice –¿Oye, tú ya sabías hacer?– y nos miramos con mi papá y le dijimos –¡Noooooo!– y ella dice –Sí, a mí no me engañan, ya sabías hacer–. Con mi papi nos reímos porque nos había pillado.

Después de eso siempre observaba mis piezas con agrado y como que le empecé a caer en gracia. Me corregía, porque yo no sabía los detalles, cómo terminar la oreja de un jarro, cómo había que reforzarla, cómo pegar y los espesores; muy rápido me fui afinando con su técnica. Al terminar el taller y ya en las últimas revisiones, me tomó la mano y me habló de un despertar de las almas de los abuelos en ese pueblo de antiguos alfareros, de un regalo o despertar de mis ancestros a través de mí. Me dijo que era una responsabilidad conservar y mantener la tradición para que no se perdiera. La escuché sin mucho entender, pero estaba contenta, me sentía muy feliz; como niña jugando, lo disfrutaba mucho.

Después que terminó el curso, fui varias veces a su taller, a quemar otras piezas que iba haciendo. También siempre la saludaba cuando participaba en ferias y en una oportunidad me invitó a Arica, a un encuentro de artesanos y nos fuimos. Allá compartimos, estaba Eva López, mi tía por parte de madre y muy querida por ella también. Así sin darnos cuenta nos fuimos acercando un poco más, hasta que me pide que la ayude con un sueño que tenía, su taller de alfarería en Santiago de Río grande. Junto con Cristhian la postulamos a Fonpat, del Ministerio de Cultura, y lo ganamos, haciendo el diseño de su taller galería. Fue puntaje máximo y también muy elogiado en su entrega.



Cuando le dimos la noticia de que nos habíamos adjudicado el fondo, a los días me llamó para decirme que venía a la casa y era para traerme regalos: Ulla en un balde y un tiesto con arcilla especial, vino con Juanito. Estaba muy contenta y cuando vio la maqueta final estaba encantada. Era un proyecto muy ambicioso, pero muy digno para ella como Tesoro Humano Vivo y en el contexto de San Pedro de Atacama, capital arqueológica y turística de Chile.

Después, en otra oportunidad, fui a su taller por el proyecto o por mis piezas, no recuerdo si fue en Calama o Río Grande, y me abrazo y me dijo –Lo que es para ti, va a ser para ti; te voy a enseñar cómo se prepara la pasta–. Me regaló los materiales y aún cuidó el balde y la fuente, no quiero gastarlos. En ese entonces pidió que llamara al curita Patricio para que bendijera mis manos y él fue al departamento y llegó Elena. Fue muy bonito; ella me acompañó y estaba junto a mí como una mamá, como si yo le importara no sé por qué .

Antes me dijo cosas en distintas oportunidades que se quedaron en mi mente y mucho después las he ido comprendiendo. Una vez me dijo –Yo conozco a las personas por los ojos, yo siento cuando alguien trae malas intenciones. Tú no eres mala, por eso te voy a enseñar y esto no se lo vas a decir a nadie, son conocimientos de nuestros abuelos para nosotros– refiriéndose a los hermanos atacameños, encomendándose que los cuidara y no la traicionara. –Voy a confiar en ti– agregó. En ese tiempo gané un Fondart Regional para esculturas; también me acompañó para enseñarme a recolectar arcilla, hay un video pequeño al respecto.



Ella completó mi formación, me enseñó lo más importante, razón por la cual me negué mucho tiempo a realizar talleres y si lo hago ahora es solo modelado. También me dijo –Algún día va a llegar alguien, tal como yo te conocí a ti, y tú le vas a mostrar tal como yo te mostré a ti, para que no se pierda nuestra tradición–. Siempre la escuchaba perdida, como no entendiendo bien sus palabras y su especial manera de decir las cosas.

Por alguna razón, hoy creo que ella sabía que a iba partir y por eso dejó encaminadas muchas cosas, como su taller, sus enseñanzas y su ejemplo de vida. Cuando la alfarería de la región decaía y en muchos pueblos empezaba a perderse con la partida de los abuelos, ella tomó esa misión y se convirtió en un modelo a seguir, inspirando a mucha gente, reviviendo las memorias alfareras de los pueblos y realizando una puesta en valor de la alfarería regional. Se convirtió en un icono, en un baluarte de nuestra cultura.

Alcanzó a ver su proyecto, challó su maqueta y hablaba de sus sueños, diciendo que no partiría hasta ver su proyecto construido. Era tan joven; nunca pensé que partiría tan pronto, pensaba que íbamos a compartir tantas cosas, muchos proyectos que realizar, para que brillara más la mamita Elena. La llegué a querer desde el fondo de mi corazón y me dolió mucho su partida. Sembró un pedacito de ella en mí que me va a acompañar hasta el último día de mi vida y cada vez que salga a recolectar y haga piezas. Hoy aún escucho su voz, lo que había que hacer, pedir permiso, pagar, agradecer. Despertar el barro con amor porque está vivo y hay que cuidarlo. Fue un regalo en mi vida.



Alejandra Mundy

Profesional de Asesorías, Capacitación y Consultorías Quibernates Limitada

A Elena Tito Tito la conocí por que fue beneficiaria de un Programa Fosis, que Quibernates Limitada ejecutaba.

Llegó ese ser de luz que era ella, tan humilde y sabia. El primer día que hablamos nos quedamos conversando más de cuatro horas sobre la vida y sobre nuestras experiencias , valores y visión. La verdad es que muy rápidamente nos hicimos muy buenas amigas. Era una mujer tan limpia de alma y tan sabia, por su experiencia de vida; le gustaba mucho conversar y filosofar.

Esta fue una de las varias actividades que realizamos con Elena, en Quibernates Limitada. Cada vez que necesitábamos contratar a una persona que supiera de cultura indígena y su especialidad de taller de greda la llamábamos para trabajar.

Osvaldo Rojas

Director Museo de Historia Natural y Cultural del Desierto de Atacama

Elena Tito Tito, alfarera y luz para los andinos de hoy. Y el barro sagrado extraído de las extrañas de la Pachamama se hizo arte en sus manos. La luz del sol lo tocó y el espíritu de los Andes cubrió la creación, tomó el soplo fino del tiempo y su génesis voló en el viento. Así nos damos cuenta de la presencia de quienes no están y se asoman al presente a



través de su obra, trayendo el mensaje de la eternidad. Ahí estará la abuela Pascuala Vilca, su amado Río Grande y el cielo infinito que acoge la grandiosidad de su alma.

Hoy viajas la constelación eterna, con seguridad acompañada por los alfareros del ayer, aquellos que, con su carga de tierra colorada, de la uya, siguen amasando y formando el mundo para los hombres de hoy. Ahí estará la mano de Francisca Salva, Saturnino Anza, Toribio Salva, Francisco Condori y tantos más cuyo recuerdo ha cubierto la arena del tiempo. Ellos fueron los herederos del caminante del desierto, que un día llegó a Toconce, Río Grande y tantas otras latitudes donde formaron con la argamasa, el cardón y la piedra sus antiguas aldeas que hoy conforman pueblos. En su mano se creó y gestó la figura humana; también sus rebaños que, como soberanos peregrinos, hoy se guardan en los más diversos museos del mundo como piezas únicas de los artesanos andinos. Esta es la herencia que conjuga y nos entrega Elena Tito Tito. Aquí quedaron, sus virques, tinajas, ollas y jarras como mudos testigos que intentan contar su historia. Aquí quedo Elenita, sentada al pie del fogón, en su estancia lejana o tal vez mirando desde el medio del gredal los cerros tutelares donde aparece el camino sagrado de quienes parten al paraíso perdido que Pachamama nos guarda más allá de las montañas. Ahí donde moran los antiguos, donde se guarda el sol para cada día iniciar su viaje sobre la cabeza de los hombres, entregándole un día más en esta Tierra generosa, donde la Pacha, cual delicada madre, acoge a sus hijos en su regazo. Así como la madre tierra, Elenita difundió y enseñó su arte, sus cocciones en un rincón de la casa, como sus obras



para nacer entraban al proceso de quemazón, como se distribuía el agua en el piso y paredes del improvisado horno, como sellaba con una pequeña cruz de algarrobo la “carga”, para que no entrara el “sereno” y, en su eterna maldad, quebrara las piezas. Era la enseñanza entregada en una aventura de centurias, aventura en la que nos invita el ejemplo de trabajo, simplicidad y enorme generosidad de nuestra querida Elenita. Hoy nos acompaña seguramente en el viento, en el maíz, en el canto del pájaro y en el correr del agua. Es su familia quien recibe su fuerza y genio creador para continuar caminando por senderos de eternidad.

Verónica Arévalo

Encargada de la unidad de Patrimonio Cultural Inmaterial de la región de Antofagasta

Conocí a Elena Tito Tito en 2016; había sido reconocida como Tesoro Humano Vivo en 2015 y yo acababa de asumir mi cargo como profesional del área de Patrimonio Cultural Inmaterial en el –ya desaparecido– Consejo Regional de Cultura y las Artes.

Al conversar con ella aprendí otros ritmos. Uno con pausas más largas y palabras menos rebuscadas. Una forma de construir relaciones muy honestas.

Recuerdo que en ese primer año ella me expresó lo importante que era hacer un taller en su pueblo, Santiago de Río Grande, porque la llevaban a muchas partes, pero aún no lograba desarrollar algo en su comunidad.



Asumí el desafío con varios temores que se fueron despejando a medida que fuimos realizando las sesiones. ¿Tendríamos un lugar para hacer el taller? La señora Elena abrió su casa. ¿Habría material suficiente? Fuimos a buscar barro con la gente ¿Y dónde me quedo yo, si no puedo ir y volver durante el día? Me ofreció una cama y compartió alimento, incluyendo trozos calientes de queso de cabra porque ¿cómo los iba a comer crudos?

Ese primer taller, realizado pese a toda dificultad, fue para mí el inicio de un vínculo profesional y humano que me marca hasta el día de hoy.

Recorrer Santiago de Río Grande con ella me permitió acercarme a una historia muy antigua y, a la vez, desconocida para mí. La señora Elena sabía de tierra, sus diferentes colores y texturas. Ella expresaba que le gustaba experimentar con toda la variedad de barros que encontraba, trabajarlos y conocer los colores y los resultados. En ese proceso, algunas piezas se quebraban y no cumplían con los estándares para su comercialización. No importaba, la señora Elena seguía impulsada por esa búsqueda, por ese impulso de conocer y escuchar, del cual aprendí.

Seguimos haciendo talleres en Santiago de Río Grande, Calama y San Pedro de Atacama y en otros espacios que se fueron dando, a infancias, a personas adultas, a profesores y a gente que nunca había tocado el barro, pero que llegaba a esa instancia formativa, expectante.

También hubo intercambios con personas de otras ciudades e incluso de otros países. Recuerdo que en un encuentro Chile-Marruecos me



comentó, molesta, del poco tiempo que tuvo para compartir su quehacer, porque el barro no podía apurarse, tenía su tiempo.

Quienes pudimos estar en sus talleres vivimos esa sensación de pausa en la vorágine diaria. De tener que respirar y atender el momento presente mientras se moldea el barro. Tener ese momento de concentración plena en un acto específico mientras seguía transcurriendo el mundo era un respiro de oxígeno y calma.

Yo le repetía que era importante cobrar por el horneado y que pusiera un tope de piezas. Que las horas debían ser pagadas de forma justa. Que el amor no implica trabajo gratuito. En ese proceso estábamos cuando alguien me llamó quejándose de que la señora Elena ya no quería cobrar 15 mil pesos el taller completo, que quería el pago de ese monto por sesión. Yo le respondí ¿Cuánto se le paga a un académico por dar una charla de tema de especialización? ¿Por qué a una cultora se le debería pagar menos? En ese sentido, creo que ella fue pionera en nuestra región en defender el reconocimiento al trabajo de enseñar en talleres, más allá de los títulos y las formalidades. Ella era una maestra de la tierra.

También había ocasiones en que nos reíamos de mi torpeza. Porque yo no sabía manejar una carretilla ni ordeñar una cabra. Su risa era contagiosa y me veía a mí misma aprendiendo de cosas que ignoraba.

Agradezco su paciencia para enseñarme de su tradición, explicarme los ritos que yo desconocía, esperar mis pasos lentos al caminar por los

senderos de Santiago de Río Grande. Agradezco su paciencia al escuchar tanta palabra burocrática que me tocó decirle. También agradezco su bondad al compartir sus espacios, su taller, su barro. Su historia. Muchas veces me contó de su abuela Pascuala: que si ella era Tesoro Humano Vivo era gracias a su abuela.

Siempre la mencionaba en sus discursos oficiales y en su día a día. Me narró los viajes en burro desde Santiago de Río Grande hasta San Pedro de Atacama para vender piezas de barro y otros productos que cultivaban. Cómo le abrigaba los pies. Cómo le enseñó a reparar las cerámicas rotas.

Ingresar a la casa de Elena era ser abrazada por las piezas que creaba y que se disponían sobre repisas, mesas y sillas. Guardaba con esmero cada una de sus creaciones. En su taller había rebaños de llamitas, algunos floreados con lanas de colores. También había casas de su pueblo, jarritos chicheros, pequeños vasos, pocillos, tazas y formas que había gestado en algún momento. Cuando iba a ferias, envolvía cada pieza en diario con sumo cuidado, como se envuelve a un ser frágil con una manta. Los acomodaba en una caja plástica velando que quedaran inmóviles, contenidos en ese espacio. Para mí, observarla en ese quehacer era apreciar el cuidado en los detalles.

Una vez me picó un bicho en el brazo y mi piel comenzó a reaccionar ante el veneno, inflamándose. Ella me dijo: –Pase pa' acá– y recogió una piedrita lisa de la tierra, la limpió en su chaleco, afirmó mi brazo extendido y frotó la pieza contra el prurito de la picada. Me dolió horriblemente,



pero la inflamación se rompió y un líquido transparente comenzó a caer, aliviando inmediatamente el picor.

Desde ahí, repito el acto cuando algún insecto me pica. Y puede ser que eso no tenga nada que ver con patrimonio. O tal vez, tiene todo que ver.

También compartió su relato de cómo fue irse a la ciudad a cuidar niñas y niños. De cómo nunca pudo olvidar el barro y cómo fue su reencuentro en un taller que hizo la municipalidad de Calama.

Pienso que por ese motivo era tan importante para ella ir a los pueblos a hacer los talleres, porque podía ayudar a que otras y otros se reencontrarán con la alfarería.

Ambas pudimos observar cómo tantas personas que vivían en la ciudad evocaban sus pueblos, a sus abuelas, en esos momentos en que intentaban crear un vaso con los dedos humedecidos. Porque no era solo barro, era identidad, era raíz.

En los momentos de más confianza compartía conmigo apreciaciones de muchos temas. Uno de ellos era cómo muchos artesanos creaban piezas que después, les compraban otros con más capacidad de publicidad para revenderlas como propias a precios muy superiores al inicial. La falta de reconocimiento a las cultoras y cultores locales era algo que le dolía y me interpelaba a cumplir con el deber de reconocer y a verificar que quienes se decían alfareros lo fueran realmente.

Así también, en sus últimos años me manifestó su enojo por el robo de información e historias que muchos investigadores hacían de la gente de los pueblos. Iban a sacar entrevistas, fotos, recetas, técnicas y conocimientos sin retribuir ni con un libro o una copia de los videos que se hacían. Por eso, ella también comenzó a negarse ante muchas solicitudes. No era pago lo que pedía, sino reciprocidad: una copia del libro, una fotografía impresa. Muchas veces ni eso lo comprometían. Cuando conversábamos sobre este tema era imposible para mí no pensar en mi propia experiencia universitaria, en los artículos académicos leídos, en las tesis revisadas y en como toda una estructura de prestigio en relación con el conocimiento se sostiene en la expropiación de quienes no participan de ese espacio. Se habla de otros, pero sin los otros, y ni siquiera soy capaz de hablar de mí, de mis propios sesgos y límites.

A veces me siento cansada y la recuerdo haciendo siempre cosas. Ese recuerdo me da ánimo y esperanza. Porque ningún problema es irremontable y siempre estará el barro ahí para darnos una pausa en un mundo donde todo va cada vez más rápido. Porque el barro es amor, es historia y es resistencia.



Ivo Plaza

Coordinador Regional Fomento de las Culturas y las Artes Plan Nacional del Libro y la Lectura región de Antofagasta

Siempre recuerdo la primera vez que la vi en una actividad cultural, entre personas y música. Una mujer de baja estatura, vestida con sus atuendos típicos, su sombrero de cinta rosado y celeste, y su piel curtida por el sol, lo que claramente me mostraba que ella no era una artesana más.

Al acercarme al lugar donde se encontraba, veía que de un cantarito salía humo con un olor muy característico y que nunca había olido. Era Coba Santiago, que prendía como un incienso natural (siempre lo hacía antes de trabajar) y que envolvía de una mística la figura de esta mujer que se encontraba sentada, teniendo en sus manos una bola café que apretaba y acariciaba con sus dedos, como si de una joya se tratara. Lentamente fue tomando forma para transformarse en un hermoso cantarito de chanchito (después supe que era arcilla de Santiago de Río Grande).

Y ahí estaba yo, mirándola, viendo cómo movía sus dedos y daba forma a esa bola que antes era nada, tratando de entender, sintiendo el olor y desconectándome de todo el entorno, hasta que una voz me volvió a la realidad: “¿Se va a sentar a aprender o va a estar mirando todo el rato ahí?”. Esas palabras funcionaron como un conjuro ancestral, porque desde ese momento en que decidí sentarme a su lado para aprender, se forjó un lazo que aún mantengo intacto en mi corazón. Y ahí, sentado, con mis manos café con la arcilla, con ese olor embriagador, la música,



los colores y el entorno, me enteré de que era Elena Tito Tito, artesana y cultora indígena de nuestra región.

Cada vez que nos veíamos, su sonrisa y su abrazo me decían que era el momento de estar juntos y ponernos al día con sus historias, anécdotas y cuentos de la tierra, además de su cariño que era una carga de energía para seguir adelante. Teníamos extensas jornadas de ferias, muestras y espacios de talleres, pero también compartía con sus pares, enseñando y transmitiendo lo que ella había aprendido de su abuelita Pascuala.

El resto es historia...

Desde ahí, nuestras historias se fueron entrecruzando en diferentes planos, espacios y escenarios, hasta que un día sucedió una de las más emotivas e importantes instancias, la que marcó mi vida laboral, profesional y personal.

Fui invitado por una importante Escuela de Diseño de Antofagasta a moderar un espacio donde se hablaría del proceso creativo en el diseño de productos. Acepté participar sin saber que al entrar al auditorio me encontraría con Elena Tito, cultora indígena que hablaría de su proceso creativo y a quien tendría que moderar.

Me poseyeron los nervios y la ansiedad, pero nuevamente su sonrisa y ese abrazo apretado me volvieron a la realidad, para darme cuenta de que hablaría de una de las cultoras a quien más admiración y respeto por su trabajo tenía.



Todo fluyó en el lugar. Ambos con micrófonos, una cámara apuntando a sus manos y una mesa llena de arcilla, generaron un espacio íntimo, donde mientras ella iba armando sus cantaritos, nos iba contando cómo creaba cada una de sus piezas, hasta que en un momento todo cambió.

Su conexión con la arcilla era única, como que conectaba su energía con el material. Comenzó a hablar de su tierra (Santiago de Río Grande), de su abuelita Pascuala, de sus hijos y su conexión con la Pachamama.

Sin darme cuenta, todo el auditorio estaba en silencio, emocionados (algunos con lágrimas en los ojos), conectados con cada palabra que decía la Sra. Elena, como si de un hechizo se tratara. Se sentía el ambiente cálido, abrazable y siempre con ese humo que me recordaba la primera vez que la vi.

Me conecté con Elena, con su historia, anécdotas y experiencias, su creatividad y su amor por lo que hacía. Sentí en ese momento que todo tenía sentido y que mi propósito tenía que ver con esa conexión.

Ver cómo trataba la arcilla con amor, saber que cada una de sus piezas tenía un pedacito de ella, que su conexión con la madre tierra generaba ese lazo ancestral entre la cultora y su territorio, y que, simplemente, yo estaba en el momento y lugar indicado.

Solo volví en mí cuando un aplauso cerrado me hizo regresar al auditorio, viendo rostros con ojos brillantes, emocionados por esa conexión que solo ella podía generar en un espacio tan íntimo, sin el egoísmo de compartir su sabiduría, abriendo su corazón a todos y conectándonos de manera igual.



Al finalizar este espacio, frente a todo el auditorio, me apretó la mano, me miró y me dio las gracias por siempre estar ahí. Me abrazó y brotaron lágrimas de mis ojos en señal de aprecio, agradecimiento y cariño, pensando en que había aprendido algo maravilloso: la humildad de compartir tus conocimientos, el amor por lo que haces y el respeto por tu tierra.

Atesoro cada momento que pude compartir, aprender, reír, contar y escuchar, de sus retos y mandados, pero también de amor, agradecimiento y sencillez.

Sra. Elena, siempre estará en mi memoria, en mi corazón y en cada ramita de rica rica que prendo hasta el día de hoy.

Sofía Quiroz

Directora (junto a Daniel Canto) del corto documental animado “Memorias del barro”

Nuestro primer contacto con Elena fue por teléfono. Nos dio una alegría inmensa cuando aceptó la idea de hacer un corto animado que reflejara parte de su vida y de su historia de alfarera. Fuimos a visitarla a Santiago de Río Grande para conocerla en persona y entrevistarla. Fue un viaje hacia las alturas y también un viaje en el tiempo. Primero nos emocionó el paisaje, las casas de piedra y barro rodeadas de cerros enormes, después el encuentro con ella. Elena nos inspiró un profundo respeto, la sensación de estar frente a alguien que atesora una enorme sabiduría. Después de compartir una cazuela de ave con habas junto a su familia,



partimos a la casa de su infancia, la casa de la abuela Pascuala. Allí preparó en una mesa todos los implementos y, amasando el barro, empezó a contarnos su historia: la infancia, la pérdida de su madre y la crianza con la mamá-abuela Pascuala, de quien heredó el oficio de alfarera. Era hermoso ver sus manos trabajando la greda y escuchar cómo brotaba en su relato tanto conocimiento en torno al barro, la sensación de que era el propio barro que hablaba a través de ella. Su relato nos conmovió porque nos transmitía esa conexión llena de respeto, gratitud y amor por la tierra, tan propia de las culturas indígenas, y tan importante de recuperar. Un fundamento de vida, una forma de habitar y ser parte de la tierra. No solo el relato, sino su propia voz impregnada de sabiduría y barro. Recuerdo que en un momento hubo una pausa, una súbita interrupción producto de una presencia —Es la abuela Pascuala— dijo de pronto —está bien—. Fue un momento mágico. Nos fuimos con el espíritu lleno y el corazón agradecido.

En los meses que siguieron intercambiamos mensajes esporádicamente para ver detalles del corto. En uno de esos intercambios le conté a su hija Miriam —nos comunicábamos a su teléfono— un sueño muy raro que tuve por entonces: había soñado que se nos quedaba el auto encajado en un pozo, en una quebrada angosta cercana a Santiago de Río Grande; y al pedir ayuda, alguien del lugar nos dijo que había una llama en el pueblo a la que recurrían cuando sucedía algún episodio como ese. Algo de lo más insólito. —Pregunta mi mamá de qué color era la llama— dijo Miriam. —Blanca— le respondí intrigada. Elena había dicho que eso era un buen augurio. Significaba que aquello que estábamos emprendiendo



iba a salir bien; podía ser mi embarazo (que yo estaba cursando por entonces) o incluso el corto que estábamos haciendo. Como sea, era una buena señal. Otra vez la magia, tan propia de ella y de su pueblo.

Parte del proceso de producción del corto implicó seleccionar fragmentos de la entrevista, tarea poco sencilla ya que casi todo en su relato nos parecía relevante y bello. Una de las cosas hermosas que nos dijo fue, “...somos de tierra y de barro, volveremos a ser tierra”.

Nos enteramos del fallecimiento de Elena mientras estábamos en pleno proceso de realización del corto. Su partida fue abrupta e inesperada. Nos dio mucha tristeza. Al mismo tiempo, resignificó el corto, convirtiéndolo en un pequeño homenaje a su persona: la salvaguarda de su propia voz contándonos fragmentos de su inigualable vida.

Gracias Elena por abrirnos las puertas y por tu mensaje de gratitud y profundo amor por la tierra.





Cómo te recuerdan...

“Una gran mujer que deja un legado con tradición ancestral”

Soledad Gutiérrez

“Su trabajo era sacrificado, pero lo hacía con amor y eso me emociona”

Mirza Ávalos

“Gracias por dejar esta tradición familiar a las futuras generaciones”

Camila López

“Alfarera y luz para los andinos de hoy”

“Hoy descansas junto a nuestras ancestras”

Oswaldo Rojas

“Una Amauta, llena de fe, tradiciones y costumbres.

Una mujer cargada de los saberes de nuestros ancestros”

Anita Selti

“Gran cultora llena de saberes”

Ivo Plaza



“Una señora que siempre amó su tierra y sus costumbres”

Juan Condori

“La recuerdo como una mujer humilde y sencilla y con esta virtud llegó lejos”

Alejandra Mundy

“Siempre valoró y pidió permiso a la Pachamama para extraer materias primas”

Carolina Ayavire

“Gracias por dejar bien puesto el nombre de nuestra alfarería tradicional”

Verónica Plaza

“Fue una persona especial, sin ella yo no hubiera sido nada”

“Siempre dispuesta ayudar en lo que estaba a su alcance”

Leonor Fernández

“Una maestra que siempre nos enseña con amor paciencia y cariño”

Irma Panire



“Nuestro Tesoro Humano Vivo”

Soledad Gutiérrez

“Heredera del legado de la abuelita Pascuala”

“Una gran persona, digna de imitar y conservar un legado”

Yubinza Fernández

“Amante de su tierra, costumbres y tradiciones”

Sofía Quiroz

“Gracias por transmitir tus saberes a las futuras generaciones”

Ester Fernández





Agradecimientos

Gracias a todas las personas que me apoyaron e hicieron realidad este proyecto compartiendo sus experiencias, relatos, historias o anécdotas con mi mamá, y por darse el tiempo para atenderme con cada una de las entrevistas, llamadas, reuniones online y correos electrónicos para hacer realidad este sueño pendiente de mi mamá.

YUBINZA FERNÁNDEZ

ESTER FERNÁNDEZ

OCTAVIA FERNÁNDEZ

LEONOR FERNÁNDEZ

ANITA SELTI

GUALDA CARRIZO

FELICINA TITO

CAROLINA AYAVIRE

IRMA PANIRE

OSVALDO ROJAS

SOLEDAD GUTIÉRREZ

VERÓNICA ARÉVALO

ALEJANDRA MUNDY

WILSON SEGOVIA

SATURNINO CORIA

JUAN CORIA

RENE MIÑO

IVO PLAZA

Hoy puedo decir “mamá, la tarea está hecha”. Cumplí con mi compromiso y puedo dar fe y cumplimiento de lo que me encomendaste en vida: ser la autora y escribir el libro de tu vida y obra. Gracias por todo el legado ancestral que nos entregaste para las futuras generaciones.





Historia de una mujer de barro

Primera edición, agosto de 2026

ISBN: 978-956-03-0382-0

Ministro de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Francisco Undurraga Gazitúa

Subsecretario del Patrimonio Cultural

Emilio De la Cerda Errázuriz

Director (s) del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural

Manuel Marín González

Subdirectora (s) Nacional de Patrimonio Cultural Inmaterial

Paula Jaraquemada Rasse



Autora y Contenidos

Miriam Coria Tito

Coordinación editorial y edición

Nicole Ríos Kroyer

Corrección de estilo

Irene Alvear Azcárate

Diseño y diagramación

Paula Martínez Lara (SERPAT)

Fotografías

Jorge Cenzano

Verónica Arévalo Gutiérrez (SERPAT)

Archivo familiar Coria Tito

Javier Godoy (Registro THV)

Guillermo Valdivia

Agradecimientos

A todas y todos quienes compartieron sus testimonios, participaron enviando fotografías y acompañaron el proceso de escritura para cumplir con este compromiso pendiente a la memoria de Doña Elena Tito Tito.

Se autoriza la reproducción parcial citando la fuente correspondiente.

Se terminó de imprimir en el mes de agosto del 2026 en los talleres de Donnebaum S.A. en la ciudad de Santiago, Chile.

Se imprimieron 100 ejemplares

www.patrimonioinmaterial.gob.cl



Miriam Coria Tito nos presenta
Historia de una mujer de barro,
un relato que nos permite conocer en
primera persona a su madre Elena Tito,
reconocida como Tesoro Humano Vivo
por su importante rescate de la
alfarería de Santiago de Río Grande,
en la región de Antofagasta.

